

y tartamudo de enojo, respondió al banquero que insultar y expulsar á Linda valía tanto como insultarle y expulsarle á él; á lo cual replicó Casallena, á su vez amoscado, que ciertamente merecería la expulsión el dueño, si cometiese los mismos desmanes que la perra. Inclínose Argimiro con altivo gesto; hizo un saludo tieso y forzado, y abandonó la estancia llevando en brazos á Linda. Ni al día siguiente ni nunca volvió á comer... ¿qué es comer? ni á cruzar la puerta de su antiguo y opulento anfitrión. Explicaciones, recados, mensajes por el médico... todo se estrelló contra la dignidad herida de la perrita de aguas.

A los dos años, Argimiro Rosa falleció de un cáncer en el estómago: y como en la enfermedad se habían consumido sus economías, por fin le enterraron á expensas de algunos amigos. Casallena, que fué de los que dieron más, recogió á Linda y la mantuvo hasta que murió de vejez.



ROSQUILLA DE MONJA...

Las quintas de D. Florencio Abrojo y D. Eladio Paterno tenían una tapia común, de suerte que cuanto se hacía y decía en alguno de los dos jardines había de oirse por fuerza en el otro. Mientras D. Florencio, solterón y solitario impenitente, entregado á su única manía, regaba, podaba ó acodaba arbustos raros, las niñas de Paterno, que eran siete, y casi todas lindas, alegres y bulliciosas, correteaban como loquillas. Sus argentinas carcajadas, sus chillidos de júbilo, sus pasajeras grescas por un fruto ó una flor, iban, cruzando el muro, á perturbar la calma y el silencio en que se complacía el fatigado y desengañado Abrojo.

La índole de la molesta algazara fué modificándose según crecían en años las señoritas de Paterno. Primero, juegos propiamente infantiles, escondites entre los rosales y las magnolias, paseos en carreta y pedradas á los árboles; después, chácharas interminables con amiguitas que venían de Marineda, partidas de croquet, mucho columpio, todo acompañado de meriendas de almibar y pan; luego se agregó

al elemento femenino el masculino, los señoritos animados y obsequiosos, y D. Florencio pudo escuchar, con irritación creciente, las bromas intencionadas, los piropos rendidos, el tiroteo de frases agrídulces entre ellas y ellos. A este período de escaramuzas siguió aquel en que, habiéndose echado novio dos ó tres de las muchachas, las parejitas se sentaban en bancos de piedra, bajo los árboles que sombreaban la tapia misma, y sus voces llegaban como un arrullo á los dominios del señor de Abrojo.

El cual, precisamente, aspiraba á no ser molestado por ningún eco de las vanidades y ansias ociosas á que la humanidad se entrega. Misántropo, azotado por la vida como una barca por las olas, se había recogido á aquel huerto, buscando la paz y concretando sus deseos á intereses pequeñísimos, á aspiraciones que no causan goce ni dolor, á la floración de un jacinto, al crecimiento de una orquídea extraña. Sorda cólera le hervía dentro al entreoir las divinas tonterías del palique de los enamorados, y dos ó tres veces estuvo á punto de lanzarles la regadera á la cabeza. Lo peor fué que circunstancias fortuitas le obligaron á entrar, mal de su grado, en relación con la familia Paterno, y que á los pocos días de tratarse los vecinos, una de las niñas, María Consolación, se atrevió á deslizarse en el jardín de D. Florencio y pedirle clavelones para lucirlos en una corrida de toros. Sólo siendo muy desatento se podía rehuir el compromiso; gruñendo interiormente, D. Florencio dejó saquear los arriates; María

reunió un haz magnífico, embriagador, y después, con la sonrisa en los labios, lo curioseó todo en la finca, preguntando el nombre de cada planta desconocida, y admirando las que conocía ya. Pensaba el Sr. de Abrojo ocultarle á la chiquilla los tesoros del invernáculo; no obstante, sin darse cuenta de por qué lo hacía, abrió de par en par la puerta vidriera, y paseó á María por entre las flores maravillosas, llegando al extremo de ofrecerla la más bonita, la admirable *sterlicia regia*. María salió afirmando que el vecino no era un señor tan ridículo como decían, y que con ella había estado sumamente amable. Alentadas por tal precedente, las demás hermanas quisieron pedir claveles á su vez. Encontraron cerrado el portal; nadie contestó á los aldabonazos, y hubieron de comprender que D. Florencio resistía. Las señoritas no apretaron el cerco, y ninguna osó molestar más al solitario.

Los años corrieron; la familia de Paterno sufrió cambios y vicisitudes. El padre murió, tres hijas se casaron, marchándose con sus respectivos esposos, y María Consolación, la alborotadora niña de los claveles, sintió de pronto vocación religiosa, é ingresó en un monasterio compostelano. La madre de María, por no sostener la quinta, la dió en arriendo á un industrial de Marineda, que sólo pasaba en el campo los domingos, y D. Florencio, cada día más retraído y huraño, notó que el jardín próximo no le mandaba ya sino alto silencio y soñolienta modorra.

Cierto día, cuando menos se lo esperaba, recibió el Sr. de Abrojo una carta de angosto sobre, escrita con letra tímida y fina, letra femenil, y al abrirla, en la cabecera de la misiva se destacaron una cruz y las iniciales J. M. J.: *Jesús, María y José*. Era Consolación, hoy Sor María del Consuelo, la que enviaba á D. Florencio dos páginas difusas, ingenuas y melifluas, donde la monjita expresaba afectuosamente un sentimiento halagüeño y delicado: la gratitud por aquella distinción del regalo de los clavelones, y el deseo de que quien había sido para ella tan deferente, pasase unas Pascuas de Navidad felicísimas, y un Año Nuevo muy dichoso, si lo permitía el Señor, á quien rogaba siempre por D. Florencio. Sí, Sor María rogaba por él; Sor María solicitaba de Nuestra Señora que apartase de él toda desgracia. Lo único que Sor María lamentaba era que aquellos claveles, destinados á la profanidad, no hubiesen sido ofrecidos á la Virgen.

Venida de la soledad y del retiro, la carta conmovió un poco al solitario. Representóse á la graciosa criatura de revuelto pelo y encendidas mejillas, que un tiempo le pedía claveles— hoy pálida, macerada, bajo la austera toca, de hinojos en una iglesia desierta, apoyando la frente en la reja negra y fría,—y como la primera vez, repentino impulso desarrugó su corazón y le dictó un rasgo galante, un golpe de sus antiguos tiempos. Arrasó el invernáculo, encajonó entre musgo las flores más preciosas que aún quedaban, las camelias de nieve, los

resedás de invierno, las precoces violetas, y dirigió el cajón al convento, para Sor María.

La respuesta fué otra cartita más suave, más tierna, más llena de amistosa unción y atrevimientos inocentes. Sor María no se cansaba de alabar las flores: ¡qué cosas tan bonitas hace Nuestro Señor, y cómo serán los jardines del cielo, cuando así adorna los de la tierra! El altar estaba tan rico, con los floreros cuajados; y la comunidad admiraba aquellos primores. Sor María, en su pobreza, no podía pagar el obsequio sino con un escapulario; pero lo había bordado ella misma, y rogaba á su amigo que lo llevase puesto siempre. Y el Sr. de Abrojo, con más viveza de lo que consentían sus años, sacó el doble rectángulo de seda, deshizo el pulcro nudo del cordón, y pasó el escapulario al cuello. Más tarde se lo quitó; pero un gozo pueril le hizo releer la carta.

A los quince días la monja volvió á escribir. D. Florencio también releyó la epístola, mas no por saborearla, sino por cerciorarse de lo que envolvían las cuatro carillas de letrita bien prieta. En las tres primeras sólo halló candorosas efusiones: tratábase de la música, de Santa Cecilia, del piano, á que Sor María era aficionada cuando vivía en el siglo, y del harmonio, que ahora estaba aprendiendo á tocar con el fin de servir de organista. Pero ¡qué fatalidad, luchar con un harmonio de alquiler, de mala muerte, sin voces, sin sonoridad alguna! Si la comunidad no fuese tan pobre—aquí empezaba la cuarta plana—se resolverían á adquirir un

buen armonio, y á ella, á Sor María, sin duda por inspiración de Dios, y sin que la prelada se enterase, ¡quía!, se la había ocurrido que su predilecto amigo D. Florencio, de tan nobles sentimientos y generosa alma, no tendría quizás inconveniente en garantizar las dos mil pesetas del armonio, que se le irían abonando á plazos, según pudiese la pobrecilla comunidad. ¡Cuánto mayor gusto sentiría en estudiar en aquel instrumento, debiéndolo, como lo debería, á la limosnita afectuosa del Sr. de Abrojo!

Don Florencio soltó la carta, y sardónica mueca crispó sus labios que ocultaba el lacio bigote gris. ¡Ah! ¡La eterna perfidia de la mujer, su silbo de culebra, que sólo halaga para emponzoñar, su insinuante dulzura peor que los más activos venenos! No era el desengaño presente, la tenue y espiritualísima ilusión perdida, lo que inundaba como ola de hiel el alma del viejo, sino tantos recuerdos, que salían del olvido y revoloteaban azotándole con sus polvorientas alas de murciélago, al evocar historias hondamente tristes, de ajenos egoísmos y de propios dolores. Siempre el trueque interesado, la caricia moral y material á cambio de algo útil; siempre la misma comedia, que hasta desde el claustro podía representarse con éxito. ¿Con éxito? Se vería. El solterón tomó papel y pluma y contestó á la monja, una carta larga, borrascosa, incoherente, que al repararla antes de confiarla al correo, le hizo soltar, á solas, estruendosa carcajada, mientras malignamente se restregaba las manos.

—Pero ¿no me decía V. que D. Florencio es un señor ya anciano y formal, muy formal?— preguntó la Abadesa á Sor María, después de repasar la carta que ésta presentaba ruborosa y con los ojos bajos.

—Madre, sí que lo es; pero á mi me parece que se ha vuelto loco, ó que chochea antes de tiempo.

—¡Válgame Dios! Pues, hija, ¿sabe V. lo que yo creo? Que ni es loco ni chocho, sino un tacaño de mucha habilidad. Y este papelucho se quemara ahora mismo—añadió severamente la Prelada, que ejecutado el auto de fe, dijo á Sor María viéndola arrodillarse.—No se altere V., hija, no se angustie... Claro que ya no vuelve V. nunca á escribir á ese... caballero, ni á acordarse de que existe.

Así puntualmente sucedió. El señor de Abrojo no supo más de la monjita, y siguió vegetando entre sus flores, que nada piden ni hacen soñar nada.





GEÓRGICAS ⁽¹⁾

Fué por el tiempo de las majas, mientras la rubia espiga tendida en las eras cruje blandamente, amortiguando el golpe del *mallo*, cuando empezó la discordia entre los del tío Ambrosio Lebríña y los del tío Juan Raposo.

Sucedió que todo el Julio había sido aquel año un condenado mes de agua, y que sólo á primeros de Agosto despejó el cielo y se metió calor, el calor seco y vivo que ayuda á la faena. "Hay que majar, que ya andan las canículas por el aire," decían los labriegos: y el tío Raposo pidió al tío Lebríña que le ayudase en la labor. Este ruego envolvía implícitamente el compromiso de que á su vez Raposo ayudaría á Lebríña, según se acostumbra entre aldeanos.

No obstante, llegado el momento de la maja de Lebríña, el socarrón de Raposo escurrió el bulto, pretextando enfermedades de sus hijos,

(1) Escrito este cuento, que se funda en hechos reales, parecióme que se asemejaba en su asunto á otro cuento de Tolstoy. Me anticipo á declararlo y veo en ello una prueba más de las afinidades que siempre noté entre el campesino ruso y el de mi tierra.—(N. DE LA A.)

ocupaciones; en plata, disculpas de mal pagador. Lebríña, indignado de la jugarreta, tuvo con Raposo unas palabras más altas que otras en el atrio de la iglesia, el domingo á la salida de misa. Por la tarde, en la romería, Andrés, el mayor de Lebríña, después de beber unos tragos, se encontró con Chinto, el mayor de Raposo, y requiriendo la *moca* ó porra claveteada, miráronse de soslayo, como si fuesen á santiguarse... pero no hubo más entonces.

Vivían las familias de Lebríña y Raposo pared por medio, en dos casas gemelas, que el señor había mandado edificar de nuevo para dos lugarcitos muy redondos. Al recogerse aquel domingo, mientras los hombres, gruñones y enfurruñados, mascullaban la ira, las mujeres, sacando á la puerta los *tallos* ó asientos hechos de un tronco, se disponían á pasar las primeras horas de la noche al fresco. En vez de armar tertulia con las vecinas, cada bando afectó situarse lo más lejos que permitía la estrechez de los corrales. La tía Raposo y su hija Juliana, que tenían fama de mordaces y satíricas, tomaron sus panderetas é improvisaron una triada muy injuriosa; en substancia, venía á decir que en casa de Lebríña los hombres eran hembras y las mujeres machos bigotudos. Es de advertir que los Lebríñas debían su apodo, convertido en apellido ya, á cierta manse-dumbre tradicional en los varones de la familia; y también conviene saber que Aura Lebríña, moza soltera de unos veinticinco años de edad, lucía sobre sus gruesos y encendidos labios un

pronunciado bozo obscuro. Aura no sabía improvisar como las Raposos; pero ni tarda ni perezosa recogió el guante, y en prosa vil las soltó una carretada de desvergüenzas gordas, mezcladas con maldiciones á los hombres, gallinas cluecas, que no tenían alma para cosa ninguna. Al oír la *pauliña* de Aura, el tío Ambrosio asomó la nariz, y empujando á su hija por los hombros la hizo retirar, mientas los de Raposo la perseguían con pullas irónicas.

Pocos días después, yendo Chinto Raposo armado de *gavilo*, á cortar tojo en el monte, vió á Aura Lebríña que lindaba su vaca en una heredad de maíz. Aunque tostada del sol, como la heroína de los Cantares, y aunque de boca sombreada y recias formas, la moza no era despreciable, y al mozo se le ocurrió burlarla, más tentado por el fino gusto de pisotear á los Lebríñas que por los atractivos de la pastora. Y avínole mal, porque en el país galiciano, la mujer, hecha á trabajos tan rudos como el hombre, le iguala en fuerza física, y á veces le supera, y en el juego de la lucha no es raro el caso de que salgan vencedoras las mujeres. Sin más armas que sus puños, Aura sujetó á Chinto y le dió una paliza con el mango de la guadaña, mientras la vaca, pendiente el bocado de hierba entre los belfos, fijaba en el grupo sujetos pensativos. Molido y humillado, Chinto Raposo se vengó cobardemente; aprovechó un descuido de Aura, y metiéndola de pronto la mano en la boca y apartando con violencia los dedos pulgar é índice, rasgó las comisuras

de los labios. La sorpresa y el dolor paralizaron un instante á la amazona, y Chinto pudo huir.

Todo el día lloriqueó la muchacha desesperadamente, porque el eterno femenino salta también de entre los terrones, y la infeliz temía quedar desfigurada. Las malditas comadres de las Raposos, desde su puerta, se mofaban de Aura sin compasión, apodándola *Boca rota*, y Aura, en sorda voz, murmuraba que, si se había concluido ya la casta de los hombres, saldrían á plaza las mujeres, y se vería lo que eran capaces de hacer.

Andrés Lebríña, muy descolorido, oía á su hermana y callaba como un muerto. Estos silencios cerrados son de mal agüero en las personas pacíficas. Sin embargo, pasó una semana, las heridas de Aura empezaron á cicatrizar, y los Raposos, más insolentes que nunca, se reían en público de toda la casta de Lebríña. El día de la feria, Chinto Raposo cargó un carro de repollos, y bajó á la ciudad á venderlo. Regresaba, anochecido ya, algo chispón, con el carro vacío, y al sepultarse en uno de esos caminos hondos y angostos, limitados por los surcos de la llanta, recibió á traición un golpe en el duro cráneo, y luego otro, que le derribó aturdido como un buey. En medio de su desvanecimiento sintió confusamente que algo muy pesado y duro le oprimía el pecho: eran unos zuecos de álamo, con tachuelas, bailando el pateado sobre su esternón.

Cuando suceden estas cosas en la aldea, en verdad os digo que rara vez pasa el asunto á

los tribunales. El labriego, por una parcelilla de terreno, por un tronco de pino, por un puñado de castañas, se apresurará en acudir á la justicia: la propiedad entiende él que ha de defenderse por las vías legales; pero la seguridad personal es cuenta de cada quisque: contra palos, palos, y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. En la aldea, el que más y el que menos tiene sobre su alma una buena ración de leña administrada al prójimo, y nadie quiere habérselas con escribanos, procuradores y jueces, negras aves fatídicas, que traen la miseria entre su corvo pico.

Antes de que Chinto Raposo pudiese levantarse de la cama, donde permanecía arrojando en abundancia bocanadas de sangre, sus dos hermanos menores, Román y Duardos, le habían jurado la *vendetta*. Andrés Lebríña, por su parte, trataba de esconderse; pero el labriego ha de salir sin remedio á su trabajo, y la fatalidad quiso que le llamasen á jornal en la carretera en construcción, adonde también acudían los Raposos. Estos velaron á su enemigo, como el cazador á la perdiz, y aprovechándose de una disputa que se alzó entre los jornaleros, arrojaron á Andrés sobre un montón de piedra sin partir, y con otra piedra le machacaron la sién. Se formó causa, pero faltó prueba testifical: nadie sabe nada, nadie ha visto nada en tales casos. El señor abad de la parroquia de Tameige rezó unos responsos sobre el muerto, y hubo una cruz más en el camposanto: negra, torcida, con letras blancas.

El golpe aplanó completamente á los Lebríñas. Ellos eran gente apocada, resignada, y sólo á fuerza de indignación y ultrajes había salido de sus casillas Andrés. También los Raposos, astutos en medio de su barbarie, creyeron que después de suprimir á un hombre les convenía estarse callados y quietos, por lo cual cesaron completamente las provocaciones é inyectivas de las mujeres desde la puerta.

Sin embargo, había alguien que no olvidaba al que se podría bajo la cruz negra del cementerio: Aura, la hermana, la que se había llevado toda la virilidad de la familia. Vestida de luto, de pie en el umbral de su casucha, ronca á fuerza de llorar, lanzaba á la casa de los Raposos ardientes miradas de reto y maldición. Y sucedió que al verano siguiente, cuando la cosecha recogida ya prometía abundancia, una noche, sin saber por qué, prendióse fuego al pajar de Raposo y á la vez aparecieron ardiendo el cobertizo, el hórreo y la vivienda. Los Raposos, aunque dormían como marmotas, al descubrirse el fuego pudieron salvar, sufriendo graves quemaduras; sólo á uno de los hijos, Román, el que pasaba por autor material de la muerte de Andrés Lebríña, se le encontró carbonizado, sin que nadie comprendiese cómo un mozo tan ágil no supo librarse del incendio.

Aquí tienen Vds. lo que aconteció en la feligresía de San Martín de Tameige, por no querer los Raposos ayudar á los Lebríñas en la faena de la maja.